

lución: Interinamente no puede ser más funesta para la causa republicana, puesto que la conjunción republicana socialista, que representaba una de las fuerzas más poderosas, quizá la más importante para originar un cambio de régimen, debido a las absurdas declaraciones de Melquíades Álvarez, se halla en plena descomposición.

Hay el partido radical que no hace muchos años se creía ser, por la impetuosidad con que nació, una eficaz solución para el porvenir de nuestra desdichada nación, pero debido a los desaciertos y continuas contradicciones que se han notado a su evolucionista jefe don Alejandro Lerroux, durante su actuación política, el pueblo demuestra cada día menos entusiasmos por ese partido, siendo prueba evidente de sus desprestigios, el desmoronamiento que de algún tiempo a esta parte ha sufrido; contándose entre sus bajas en algunas personas de relevante significación política.

Al pretender el señor Lerroux justificar el fusilamiento del fogonero del Numancia, el infortunado Sánchez Moya, extendióse moralmente su acta de defunción como republicano y como revolucionario, pues no puede creerse en un republicano que, para sostener la República, crea necesario aplicar la pena capital y en un revolucionario que encuentre lógica la aplicación de dicha pena en un desdichado que su único delito fué sublevarse al grito de ¡Viva la República!

Tenemos también en España un grupo más o menos importante de republicanos que siguen la doctrina de Sol y Ortega y que, de hacer una activa campaña, tal vez harían algo de provecho, puesto que su lema es el de la Unión, pero el señor Sol y Ortega carece de entusiasmos y energías y a lo mejor se retira de la política para resurgir al cabo de algún tiempo y después volver a retirarse.

Y, finalmente, existe en Cataluña un partido que se titula Unión Federal Nacionalista Republicana y que representa también una

fuerza considerable, pero su actuación política es tan nimia, que no da fe de vida sino en casos extremos, y aun así cuando decida celebrar algún acto fija su orientación en sentido más bien catalanista que republicano, pues como no sea cantando «Els Segadors», no se le ve el entusiasmo por ninguna parte.

Y lo peor es que mientras los republicanos andamos dispersos en diferentes banderías, mientras el reformismo dirige sus pasos hacia la monarquía, mientras el radicalismo se hace aplaudir por Maura en el Congreso y mientras el federalismo nacionalero antepone la palabra nacionalista a la de República y sigue entonando como himno los cánticos fúnebres de «Els Segadors», para oprobio de la libertad y mengua del progreso, logran las derechas unirse en estrecho lazo y al son del augusto canto de la santa unión, sacan triunfantes sus candidaturas en los comicios.

Y los republicanos continuamos divididos en capillitas, adorando cada cual su ídolo cuando únicamente deberíamos reconocer, los que nos tildamos de tales, como única imagen, el ideal supremo de la República.

Ante tal estado de cosas, al pueblo no le quedan más que dos soluciones: retraerse de la política y hacer obra puramente social, o hacer desde abajo lo que no han sabido o no han querido hacer los jefes desde arriba, esto es, con jefes o sin ellos, hacer la Unión Republicana; lograda la cual y contando, aunque accidentalmente, con la cooperación de los socialistas, forzosamente debe dar por resultado la implantación en España de un régimen de progreso, de justicia y libertad, encarnado por la República, que es la imagen de nuestras idolatrías.

Juan Lleget

Erratas de imprenta

Los sabios de la Grecia, que para honra y gloria de las letras patrias y en provecho exclusivo de la cultura de nuestro pueblo, dedican sus ocios a escribir «La Comarca», nos hacen el honor, en su número del sábado, día 9, de

descender de las altas cimas do vuelan, como los grandes genios, para adormecer nuestros sentidos con las filigranas de su literatura exquisita. Cerca de tres columnas destinan para llamarnos burros, cosa que si bien es ya de todos sabida, siempre debe escucharse con singular agrado cuando lo dicen unos sabios tan extraordinariamente sabios.

Pero, como la miel no la hicieron para los asnos y nosotros lo somos tanto, esa miserable condición nos impide llegar a las regiones de la excelsa poesía. Y si a esto se añade que ayer estuvimos ejerciendo nuestra ingrata profesión, bailando en un entoldado de Cardedeu, hasta que la sonrosada aurora esparció por campos y montañas... y demás, los áureos rayos de luz del nuevo día, se comprenderá que hoy no digamos más que disparates, que podrán añadirse a las burradas que hañ dado pretexto a los sapientísimos *escribidores* de «La Comarca» para deleitar a todos nuestros convecinos; pues todos, absolutamente todos, percatados de la gran obra de cultura patria emprendida por los nunca bastante bien ponderados sabios, se pasan los días y las noches aprendiéndose de memoria las delicadezas de su peregrino ingenio.

Nosotros, y perdonen los doctos, los sapientísimos, los inconmensurables periodistas comarcales, creemos que todos y cada uno de los granollerenses hemos de alzar la voz en elogio de su gloriosa obra, de la portentosa labor que realizan desde las columnas del que es espejo de periódicos sabiamente escritos. Claro que alguna vez nos hemos reído porque han escrito ir y echar con *h* y han dicho, muy serios y muy estirados, que «ha quedado de terminado el reparto de...» etc., etc., pero esto se nos puede perdonar, porque somos unos pobres burros que no se nos ha alcanzado que eso son *erratas de imprenta, debidas al cajista por leersele el original*. Como es, sin duda alguna, otra *errata de imprenta, debida al cajista por leersele el original*, un epígrafe que en el número 2 y en primera página de «La Comarca», dice:

Lo que sembrare el hombre, eso segará

Porque, y perdonen nuestros lectores y esos genios, nosotros no acertamos a comprender como va a segar patatas, pongamos por siembra, el hombre que sembrare ese preciado tubérculo. Quizás ellos, gente precavida, allá, en las regiones a donde les lleva su fantasía, tengan el hombre ese que siega cuanto siembra; mas nosotros, que vejetamos en esa tierra árida, como unos pobretes pecadores, no acertamos a comprender como deben segarse las patatas, las judías, los garbanzos y otras legumbres igualmente prosaicas que, si no disparatamos, como de costumbre, Dios Nuestro Señor (q. e. g. e.) dió a los hombres para sembrar en las diferentes épocas del año. Porque nosotros creemos que no todo en el monte es orégano ni que cuanto se siembra es alfalfa.

Y conste que para poder hallar esa pequeña *errata de imprenta, debida, sin duda, al cajista por leersele el original*, hemos pasado toda la semana huroneando en la colección de nuestro querido colega «La Comarca», que, según rumores, prepara unos *Jocs Florals* para solaz y esparcimiento de un rubicundo poeta y notario y redactor de tan gloriosa hoja periodística.

